

Los doce trabajos de Hércules

Hércules se había casado con la princesa Megara, la hija del rey de Tebas. Pero, un día, le dio un ataque de locura y acabó con su esposa.

Arrepentido por ese hecho tan atroz, se marchó a Delfos para consultar al oráculo del dios Apolo sobre *qué debía hacer para expiar su crimen*. Este le dijo que debía acudir a Tirinto y ponerse bajo las órdenes del rey Euristeo. Cuando Hércules llegó a la corte y expuso su problema, Euristeo oyéndolo empezó a preocuparse porque tal vez en un futuro Hércules podría arrebatarse el trono. Así el rey decidió deshacerse de él encomendándole doce trabajos: cada uno mucho más complicado que el anterior.

Primer trabajo: el león de Nemea

Para este primer trabajo, Euristeo le encargó a Hércules matar al león de Nemea, una bestia que aterrorizaba la Argólida. Hércules acudió rápido y, desde lejos, le disparó todas las flechas de las que disponía. Pero todo esto fue inútil porque la piel del animal era dura e inmune a cualquier arma. Entonces, Hércules decidió enfrentarse directamente con el león blandiendo su garrote.

El león tenía su guarida en el interior de una cueva a la que se podía acceder únicamente por dos entradas. Con una red, el héroe tapó una de ellas y de esa forma acorraló al león para enfrentarlo cuerpo a cuerpo. Tras recibir un fuerte golpe que partió el garrote en dos, el animal quedó sin equilibrio y entonces Hércules aprovechó para abalanzarse contra él hasta que con toda su fuerza consiguió ahogarlo. En la lucha, Hércules perdió un dedo y, cuando el león expiró, desolló la piel utilizando las garras del mismo animal. Luego de eso, se cubrió con la piel del león, a manera de coraza.

Segundo trabajo: la hidra de Lerna

El segundo trabajo que le encargó Euristeo, esperando que Hércules muriera al intentarlo, fue matar la criatura de Lerna. En el lago de ese territorio habitaba una gigantesca serpiente de agua con numerosas cabezas de las cuales, una de ellas, era inmortal y además de oro. Este monstruo se dedicaba a asolar los campos de alrededor y devorar a todos los seres vivos de

la zona. Pero estas no eran las únicas cosas que hacía: también desprendía un aliento mortal y, en caso de que le cortaran una cabeza, de esa herida volvían a nacer otras dos.

Hércules acudió junto con su sobrino Yolao para que le ayudara: mientras el primero iba cortando las cabezas, el segundo iba quemando las heridas para que de esa piel cauterizada no volvieran a nacer las consecuentes dos cabezas nuevas. Cuando solo quedaba una cabeza (la que era inmortal), con su espada Hércules la destajó del cuerpo de la hidra. Finalmente, enterró esa cabeza en el suelo.

Tercer trabajo: la cierva del monte Cerineo

Hércules regresó donde Euristeo y este, al ver qué había sobrevivido a la hidra de Lerna, le pidió llevar a cabo una tarea más compleja: traerle viva la cierva que moraba en el monte Cerineo. Esta cierva estaba consagrada a la diosa Artemisa y poseía pesuñas de bronce y cuernos de oro. Gracias a su gran velocidad había evitado ser cazada. Y, por eso, Hércules tuvo que perseguirla durante un año hasta que la cierva terminó tan cansada que, al cruzar un río, pudo alcanzarla y apresarla sin resistencia.

Cuarto trabajo: el jabalí de Erimanto

Con la cierva del monte Cerineo, Hércules regresó donde Euristeo quien, al verlo, le encomienda capturar al jabalí de Erimanto: un animal que estaba arrasando los campos de Arcadia. Hércules tuvo que perseguir constantemente al jabalí hasta lograr acorralarlo en un desfiladero sin salida. Allí, gracias a su poderosa fuerza, el hijo de Zeus logró atarlo con cadenas y transportarlo donde el rey Euristeo.

Quinto trabajo: los pájaros de la laguna Estinfalia

Hércules acudió a la corte con el jabalí de Erimanto. Al verlos, Euristeo se escondió en una Tinaja y, desde ahí, le ordenó a Hércules que exterminara los pájaros de la laguna Estinfalia. Estos tenían el pico y las alas de bronce, se alimentaban de carne humana, se escondían entre los árboles y la maleza y, al volar, dejaban caer un excremento venenoso. Para poder matarlos, Hércules

tuvo que espantarlos para que salieran de sus escondrijos y, una vez en el aire, abatirlos a base de flechas.

Sexto trabajo: los establos de Augias

La siguiente prueba que Euristeo encargó a Hércules fue que en un solo día limpiara los establos del rey Augias: unas instalaciones que llevaban mucho tiempo sin limpiar. Allí habitaban la mayor parte de los bueyes y ovejas de la zona: un ganado vacuno y lanar inmune a las enfermedades e inimitablemente fértiles. El estiércol de los establos no se había limpiado en treinta años, por lo que los malos olores llegaban incluso a las localidades cercanas. Hércules le propuso al rey Augias quedarse con el diez por ciento del rebaño si cumplía con su trabajo antes del anochecer. Para limpiar esos establos, Hércules decidió cambiar el curso de los ríos Alfeo y Peneo, logrando que el agua corriera a través de los establos, dejándolos así limpios.

Séptimo trabajo: el toro de Creta

Euristeo determinó a Hércules que le trajera el toro de Creta, un animal que en honor al dios Poseidón iba a ser sacrificado a manos de Minos (rey de Creta). Este último le ofreció ayuda, pero Hércules se negó y prefirió capturar al toro sin ayuda de nadie, aunque la bestia arrojara llamas ardientes por la boca. El héroe consiguió doblegar al animal y lo trasladó hasta Tirinto, donde lo presentó ante Euristeo.

Octavo trabajo: los caballos de Diomedes

Euristeo le encargó a Hércules los caballos de Diomedes, los cuales se caracterizaban por su salvajismo, ya que comían carne humana.

Diomedes los tenía atados con cadenas de hierro a unos pesebres de bronce, y los alimentaba con los cuerpos de sus inocentes huéspedes. Hércules desató sus cadenas y obligó a los caballos a dirigirse hacia el mar. Allí abrió un canal para inundar la llanura y detener a las bestias. Una vez hecho eso, Hércules tuvo que matar a Diomedes y dárselo de comer a los potros. Después de eso logró domarlos y llevarlos donde el rey.

Noveno trabajo: el cinturón de Hipólita

El rey Euristeo le encargó un trabajo más. Ir al reino de las amazonas y conseguir el cinturón de su reina: Hipólita.

Hércules acudió hasta el mar Negro, habló con la reina y ella aceptó dárselo. Pero la diosa Hera quiso complicar las cosas haciendo correr el rumor de que Hércules quería secuestrar a la reina Hipólita. Esto hizo que el ejército de las amazonas arremetiera contra el héroe, quien no tuvo más remedio que pelear y obtener con violencia el cinturón de la reina. El enfrentamiento costó muchas vidas, incluyendo la de Hipólita.

Décimo trabajo: los toros rojos de Gerión

Euristeo siguió encargándole trabajos cada vez más difíciles. Esta vez debía llevarle los toros rojos de Gerión, un rebaño que se encontraba en una isla de los confines del mundo conocido. Junto a Gerión, un monstruo gigante que tenía tres cuerpos unidos por la cintura y que además era considerado el hombre más fuerte de la tierra, se encontraba un temible pastor, Euritón, y Orto, un perro de dos cabezas con cola de serpiente.

Hércules logró llegar gracias a la ayuda de Helios, quien le había llevado por el firmamento en su copa de viaje. Cuando llegó a la isla, terminó con la vida de Euritón y Orto. En cambio, la batalla con Gerión fue larga hasta que logró acabar con él gracias a una flecha que atravesó sus tres cuerpos. Llevó parte de los toros hasta Euristeo en la copa de Helios.

Undécimo trabajo: las manzanas del jardín de las Hespérides

El siguiente trabajo que encargó Euristeo fue que le trajera las manzanas del jardín de las Hespérides. Estas manzanas eran de oro y, según se decía, otorgaban a los dioses la eterna juventud. El jardín se encontraba alejado donde se ocultaba el sol y estaba vigilado por las ninfas Hespérides y por una serpiente. Su localización exacta era un misterio.

Después de mucho tiempo buscando, Hércules consultó a Nereo, quien conocía todos los secretos del mundo.

Hércules tuvo que encadenarlo y obligarlo a confesar la ubicación del jardín. Nereo le indicó el rumbo hacia allí pero también le aconsejó que acudiera a Atlas, quien sostenía la bóveda celeste sobre sus espaldas, puesto que era el único que podía tomar las anheladas manzanas. Este decidió ayudar a Hércules matando la serpiente que vigilaba el jardín y tomando las manzanas doradas siempre y cuando él le ayudara cargando el cielo mientras lo hacía. Hércules aceptó y Atlas cumplió su palabra. De esa manera, Hércules llegó con el trabajo hecho a donde Euristeo.

Duodécimo trabajo: domar a Cerbero

El último trabajo que Euristeo encargó a Hércules fue que le trajera la bestia que custodiaba las puertas del Inframundo, el Cerbero: un perro de tres cabezas y cola de serpiente. Para lograrlo, debía reducir al animal únicamente con la fuerza, sin utilizar ningún arma. Euristeo desconocía por completo que Hércules era amigo de varios humanos y dioses. De manera que, para bajar al Inframundo, el hijo de Zeus acudió a Hermes. Luego, le pidió al dios Hades (señor del Inframundo) y a su mujer Perséfone que por favor le prestaran a Cerbero. Ambos dioses accedieron y así Hércules logró llevar el perro de tres cabezas ante Euristeo quien, atemorizado por ver que Hércules era capaz de todo, decidió finalmente concederle la expiación de su crimen.